

“Vendrá Jesús al mundo a implantar la justicia y el derecho”

1er Domingo de Adviento

2 de diciembre del 2018

Fray Raúl Vera López, O.P. Obispo de Saltillo

Homilía

El día de hoy iniciamos un nuevo año litúrgico y la Iglesia nos empieza a preparar en un periodo de tres semanas y media, en un tiempo litúrgico que llamamos Adviento para la celebración de la Navidad. Entramos en un estado de expectación para conmemorar un grande acontecimiento que es el nacimiento del Hijo de Dios en nuestra naturaleza humana, que toma de las entrañas de la Virgen María. La Iglesia al mismo tiempo que hace referencia al nacimiento de Cristo, nos coloca en la perspectiva de su segunda venida que acaecerá al final de los tiempos, es decir, lo que llamamos el fin del mundo.

Muchas veces, pensar en el fin de la historia de la humanidad nos causa pavor, pero precisamente Cristo se quedó en medio de nosotros por medio de los misterios que celebramos dentro de nuestra fe, que conocemos como los sacramentos, por los que Jesucristo se acerca a nosotras y nosotros mientras transcurre nuestra vida en el tiempo; se queda también en su Palabra, que permanece viva en su Iglesia y en el mundo. Es por ello que existen los ciclos litúrgicos que se distribuyen dentro de los ciclos anuales en los que transcurre nuestra vida civil, que por supuesto están regidos por el calendario astronómico, según el tiempo en que nuestro planeta hace un giro completo alrededor del sol.

Si bien Cristo quien después de morir en la cruz y resucitar, ascendió al cielo a sentarse a la derecha de su Padre Celestial para reinar en todo el universo, no se alejó por ello de nosotros, sino que con el poder del Espíritu Santo que envió a nosotros junto con su Padre, permanece en medio del mundo, haciéndose visible en su acción sobre la tierra, por medio de su Iglesia.

Decía al comienzo de mi homilía que nos estamos preparando dentro del nuevo ciclo litúrgico para celebrar la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, por ello en la Eucaristía del primer domingo de Adviento que estamos celebrando, se nos ofrece un texto del Antiguo Testamento tomado del libro del profeta Jeremías, donde se anuncia desde unos cinco siglos antes, que vendría Jesús al mundo a implantar la justicia en él y lo anuncia de la siguiente manera: “Llegarán los días –oráculo del Señor– en que yo cumpliré la promesa que pronuncié acerca de la casa de Israel y la casa de Judá: En aquellos días y en aquel tiempo, haré brotar para David un germen justo, y él practicará la justicia y el derecho en el país. En aquellos días, estará a salvo Judá y Jerusalén habitará segura. Y la llamarán así: «El Señor es nuestra justicia»” (Jer.33,14-16).

Jeremías hace referencia al rey David, porque a él, a través del profeta Natán, se le anunció que de sus descendientes saldría un Rey que permanecería en el trono eternamente (Cf.2Sam.7,16). Y cuando el Ángel Gabriel anunció a María que por obra del Espíritu Santo ella concebiría un Hijo, le comunicó que ese niño que nacería de ella heredaría el trono de David su padre y que su reino no tendría fin (Cf.Lc.1,32). El Ángel habló del niño que nacería de María como descendiente de David, porque su padre legal, José el carpintero, desposado con María, era descendiente directo del Rey David (Cf.Mt.1,18-25).

En otra parte de su libro, Jeremías insiste en la misma profecía: “Llegarán los días - oráculo del Señor- en que suscitaré para David un germen justo; él reinará como rey y será prudente, practicará la justicia y el derecho en el país. En sus días, Judá estará a salvo e Israel habitará seguro. Y se lo llamará con este nombre: «El Señor es nuestra justicia»” (Jer.23,5-6). El Salmo 71 también describe al Mesías como un Rey justo que implantará la justicia (Cf.Sal.71,1-2.4.7.12-14).

De este primer texto que nos presenta hoy la Iglesia, aprendemos que Jesús vino a la tierra a establecer la justicia y el derecho en las relaciones que se establecen entre los miembros de la familia humana, y que tiene poder para que eso suceda, porque es el Hijo de Dios que se hizo Hombre, para que muerto y resucitado de entre los muertos, venciera la muerte y el pecado, ascendiera a los cielos y, entronizado ahí a la derecha de Dios nuestro Padre, por medio del poder del Espíritu Santo que envió a nosotros, trabajemos para transformar la historia humana, para que de ella desaparezca el pecado y se establezca en el mundo el respeto a la dignidad de las personas y de los pueblos, y se garantice a todos el acceso a la justicia. De esta manera podremos alcanzar la paz tan anhelada para México y para el mundo en que vivimos.

En la segunda lectura que hemos escuchado en la celebración de esta Eucaristía, se nos presenta un ejemplo de cómo se realiza esa transformación de cada una y cada uno de quienes escuchamos la predicación del Evangelio, lo cual nos compromete a ponerlo en práctica, tanto en nuestra vida personal, como en nuestra interacción con las personas con quienes está entrelazada nuestra vida, en la construcción de la Iglesia y las demás instituciones sociales dentro de las que nos corresponde participar, empezando por la familia, nuestros lugares de trabajo, la comunidad política, etc.

Esa lectura está tomada de la Primera Carta de San Pablo a los Tesalonicenses. Leemos en ella: “Que el Señor los haga crecer cada vez más en el amor mutuo y hacia todos los demás... Que él fortalezca sus corazones en la santidad y los haga irreprochables delante de Dios” (1Tes.3,12-13a). La acción misma de la palabra de Dios, si es acogida con

sinceridad en nuestros corazones, nos ayuda a abrirnos cada día más fácilmente a Dios y a nuestro prójimo. Todo ello contribuye a que, desde criterios que se fundan en el amor a Dios y a nuestras hermanas y hermanos, nos movamos con mayor facilidad a procurar que todo lo que nosotros conducimos, sea dirigido al bien común, para promover la justicia, y el respeto a los derechos de toda persona, sin excepción, así como los derechos sociales de las comunidades y los pueblos.

El texto de esta primera carta a los Tesalonicenses, hace clara referencia tanto a la conclusión de nuestra vida personal aquí en la tierra, como a la capitulación de la vida de toda la familia humana, en el juicio final, cuando dice: “Los haga irreprochables delante de Dios, nuestro Padre, el día de la Venida del Señor Jesús con todos sus santos” (1Tes.3,13).

A veces nos llenamos de temor cuando escuchamos hablar del juicio final del mundo, como si Cristo no nos estuviera acompañando toda nuestra vida. Esta segunda lectura nos apoya para entender que Jesús no está lejos de nosotros, tenemos que ser dóciles a sus indicaciones y reclamos, debemos estar vigilantes a nuestro alrededor, para conocer las necesidades de nuestro prójimo en donde quiera que nos encontremos. El profeta Jeremías nos ha dicho que ante Dios y su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, tenemos que responder de la justicia y el derecho para todos, de manera especial las personas y los grupos más desprotegidos.

En el Evangelio que acabamos de escuchar quiero fijarme en la tercera parte del texto que se nos ha proclamado. Desde el enfoque que le da el texto de Jeremías, cuando describe una tarea fundamental que desarrollará el Mesías en el mundo, y ante el contexto en el que vivimos tanto en México como en el resto de las naciones de la tierra. Por poner algunos ejemplos, pienso en la migración forzada con el caso de las caravanas de centroamericanos que buscan entrar a Estados Unidos; en los tan numerosos casos que tenemos en México de desapariciones forzadas que permanecen en la impunidad; en la explotación de los trabajadores de parte de empresarios llenos de codicia y gobernantes que lo permiten. Resuena en nuestros oídos y vibra en nuestro corazón el reclamo por el respeto al derecho y la justicia, que trae el Mesías al mundo, como hemos estado viendo en las primeras dos lecturas de esta misa.

Jesucristo advierte, nos dice San Lucas en el Evangelio que se nos ha proclamado: “Tengan cuidado de no dejarse aturdir por los excesos, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, para que ese día no caiga de improviso sobre ustedes como una trampa, porque sobrevendrá a todos los hombres en toda la tierra. Estén prevenidos y oren incesantemente, para quedar a salvo de todo lo que ha de ocurrir. Así podrán comparecer seguros ante del Hijo del hombre” (Lc.21,34-36).

Para entender más correctamente esta advertencia de Jesús, vayamos a la parábola con la que San Mateo en su Evangelio, ilustra esta advertencia que dentro del mismo contexto del Discurso Escatológico, nos presenta Lucas. Es decir, que debemos estar siempre vigilantes para cuando Jesús vuelva al final de nuestra historia personal, y al final del mundo, a pedirnos cuenta de nuestra conducta personal y colectiva. Mateo nos transmite el mismo mensaje a partir de una parábola en la que compara a un servidor prudente con un mal servidor. Habla primero del servidor prudente, a quien el dueño de una grande hacienda pone al frente de sus demás siervos que trabajan en ella, para que los asista en todo lo que necesiten, para que no les falte nada, porque el señor dueño de la hacienda se va a retirar durante un tiempo, lejos de ahí.

Dice Jesús que si el siervo encargado de sus demás hermanos, siervos también ellos, actúa diligentemente y vigila por el bien de ellos, al regresar el dueño a su hacienda, lo pondrá al frente de ella (Cf.Mt. 24,45-47). En cambio, si es un siervo que “se comporta como un irresponsable diciendo «Mi señor tardará», y se dedica a golpear a sus compañeros, a comer y a beber con los borrachos, su señor llegará el día y la hora menos pensada, y lo castigará. Entonces él correrá la misma suerte que los hipócritas. Allí habrá llanto y rechinar de dientes” (Mt. 24,48-50).

Desde esta perspectiva del siervo irresponsable nos es más fácil comprender la exigencia que Jesús nos pone con respecto al derecho y a la justicia, porque el siervo malo, en lugar de cuidar con esmero a sus compañeros, se dedica a golpearlos y se da a los lujos y placeres, significados en la expresión “come y bebe con los borrachos”, mientras los otros padecen hambre y sed. Y no contento con eso, los golpea como un capataz a los esclavos.

Que impresionante está ya esto, pero se pone peor todavía si nos vamos al siguiente capítulo de mismo Evangelio, donde se nos describe el juicio final que realizará Cristo cuando venga en su gloria. Para describirlo utiliza la imagen del pastor que separa a los cabritos de los corderos, pone a estos a su derecha y a los cabritos a la izquierda, y el juicio va a versar sobre el cumplimiento del amor, manifestado desde la exigencia de la justicia y el derecho.

A los de su derecha les dirá: “Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver” (Mt.25,34-36). “Y dirá a los de su izquierda: Aléjense de mí, malditos; vayan al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles, porque tuve hambre, y

ustedes no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber, estaba de paso, y no me alojaron; desnudo, y no me vistieron; enfermo y preso, y no me visitaron” (Mt. 25,41-42).

El texto de la Palabra de Dios nos habla de la justicia y el derecho, en el momento en que entramos a una transición política nacional con un nuevo equipo de gobierno, cuando el principal objetivo de la política es precisamente el garantizar a las y los ciudadanos el acceso a la justicia y el derecho a una vida digna y feliz. Esto no es una casualidad, la Palabra de Dios siempre es actual. Dios nos está hablando claramente hoy. El nuevo jefe de Estado que tenemos, ha expresado el día de ayer que él quiere atender a las personas más pobres. A nosotras y nosotros nos corresponde ahora contribuir para que toda la ciudadanía y especialmente los pobres, que son la gran mayoría de la población mexicana, nos organicemos en un proceso popular de educación política.

Es necesario entonces que el pueblo con el que el Presidente de México quiere tener cercanía, sea un pueblo organizado y un pueblo educado en los derechos que el ejercicio de la política debe garantizar. Nosotros los cristianos, las cristianas, tenemos una obligación grande en la historia del país que es contribuir al crecimiento político del pueblo. Sólo de esta manera tenemos garantizado el que la buena disposición que ha mostrado el Presidente en su primer mensaje de gobierno, llegue a tener éxito. No quiero entrar a la cuestión de las políticas públicas porque eso es parte de una estructura de gobierno ágil y participativa en la que el pueblo debe hacerse presente. Para esto tiene que haber un texto constitucional que lo impulse, pues si algo ha pasado en los últimos 30 años ha sido la destrucción de todos los textos legislativos que nos garantizaban el derecho y la justicia; las reformas energética, educativa y laboral, son ejemplos patentes de lo que estoy diciendo.

Ante esta palabra tan clara que hoy recibimos en la Eucaristía, en mi condición de pastor, veo la gravísima responsabilidad que tenemos como Iglesia en México en estos momentos de su historia. La Iglesia de Jesús que peregrina en México tiene un reto muy grande, los pastores hemos permanecido muy callados y es hora de defender suficientemente a nuestras ovejas y asumir la responsabilidad colectiva por el bien de nuestra patria en seguimiento al Señor Jesús que a través del amor quiere establecer la justicia y el derecho en el mundo (Cf. Jn.15,12-13).